



CARTOGRAFIA CANARIA DE LA ISLA DE SAN BORONDON

ELOY BENITO RUANO

I

El relato medieval de una isla viajera, flotante e inestable a lo ancho de océanos y mares, es susceptible de ser rastreado hasta sus más remotos precedentes por las literaturas clásicas. Su formulación en torno a la figura del santo irlandés Brandán de Clonfert (circa 489-576) estaba ya articulada en el siglo XI, incorporando no pocos elementos de origen medieval¹. A su vez, esta leyenda, cristalizada en la *Navigatio Sancti Brandani*, se sitúa en la base o en los aledaños de numerosas tradiciones, invenciones y fantasías propias de las preocupaciones inherentes a la época llamada por antonomasia «de los Descubrimientos».

La existencia de otras tierras desconocidas entre las conocidas intermedias del Viejo y el Nuevo Mundo fue creencia largamente alimentada en torno al hallazgo y progresivo desvelamiento del segundo. Viniendo del fondo de los siglos, una de esas extrañas formaciones fue la ya de antiguo denominada Isla de San Brandán.

La historia de su localización puede resumirse en dos párrafos complementarios entre sí de Alejandro Humboldt y del orientalista M.J. De Goeje: sus más remotas ubicaciones, dice el primero, la sitúan «en el paralelo de Irlanda y aun en una latitud más septentrional. Fue llevada en el siglo XV a una latitud más meridional, al occidente de las Islas Canarias, emigración causada, según creo, por el doble empleo del nombre de *Islas Afortunadas*, aplicado a islas septentrionales y a archipiélagos de la costa africana». De allí,

1. La síntesis de elementos greco-latinos, nórdicos, cristianos y orientales en el sustrato de la leyenda brandaniana es un hecho definitivamente asentado: entre el *mare pigrum, coenosum aut concretum* de Plinio y el *mare quasi coagulatum* de la *Navigatio*, están los viajes de Sindbad el Marino y la epopeya náutica del monacato irlandés. Para el arabista español M. ASIN PALACIOS, «si la Navegación de San Brandán y sus derivadas fue redactada en Irlanda por un monje de raza celta y sobre un fondo tradicional indígena, la plétora de elementos islámicos injertos en aquel antiguo fondo es tal, que casi ocultó la fisonomía celta del relato bajo su arábigo disfraz» (*La escatología musulmana en la Divina Comedia*, Madrid, 1919, pág. 267).

de las inmediaciones de la Madera, la recoge el segundo de los autores citados, quien contempla cómo, efectivamente, en los siglos XIV y XV, «poco a poco se la ha empujado hacia occidente y cerca del Ecuador; para ponerla por fin al N., en la latitud de Irlanda». «Un viaje, pues, -escribimos en otra ocasión comentando ambos textos- de ida y vuelta por el Océano y la Edad Media»².

Las singladuras de esta supuesta Isla de San Brandán en torno a las Canarias, detalladamente conocidas a partir del siglo XVI, pero indudables en los precedentes, deben vincularse a la tradicional identificación de éstas con las *Afortunadas* de Plinio y Ptolomeo y a la consignación entre ellas de una *Aprositus* o inaccesible, que por estas latitudes se llamó *Encubierta* y acabó sintetizándose con la de *San Borondón*³.

El fundamento de esta cristianización o celtización por las canarias de su fabulosa antepasada clásica trató de explicarse en virtud de una supuesta y remota evangelización del Archipiélago por parte del santo irlandés. No olvidemos que el *humeur voyageuse* de los primitivos monjes de la verde Erin les llevó, en alas de un no menor espíritu misionero, a predicar el Cristianismo en las islas del Norte europeo y acaso, según algunos, a anticiparse a vikingos y españoles en su topar con el Continente americano. De aquella hipotética acción -se argumentaba- habría quedado entre los guanches del tiempo de la conquista el rito de las *harimaguadas*, especie de sacerdotisas o vestales indígenas que efectuaban ciertas prácticas pseudo-bautismales cuyo sentido, perdido para ellos, fue interpretado como de origen cristiano por los colonizadores. El cotejo de los peñones canarios con los lugares maravillosos consignados en el periplo brandaniano se ofreció no menos evidente a los eruditos isleños: términos como Monte de Piedra, Isla del Infierno, Isla de las Delicias, Paraíso de los Pájaros... éno parecían estar aludiendo al pico del Teide, empenachado de fuego y humo, tal como lo viera Colón, a la isla que le sirve de asiento -Tenerife- y a cualesquiera de las demás hermanas, de clima be-

2. HUMBOLDT, A. de: *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, t. I, Madrid, 1892, págs. 317-318; GOEJE, M. J. de: *La légende de Saint-Brandan (Actes du 8ème Congrès International des Orientalistes, Estocolmo y Cristianía, 1889)*, Leyden, 1890, págs. 13-14 de la separata.

3. Esta es la forma del nombre del Santo que ha prevalecido aquí. Sobre sus primeras variantes puede verse SELMER, Carl: *Brandanus versus Brendanus*, «Scriptorium», t. X, 1956, pp. 256-9. Por nuestra parte, podemos consignar que, descartadas las formas latinas, el onomástico originario lo hemos visto formulado así, aplicado ya a la persona o a la toponimia de él derivada. Bendán, Brendan, Brentan, Brentano, Brandán, Brantán, Brandão, Brandano, Brantano, Blandán, Blandano, Brandón, Brantón, Blandón, Barandán, Balandra, Brendón, Borondón, Bolondrón, Borombón.

nigno y amable geografía, albergue de las canoras aves que llevan su nombre gentilicio?⁴

Extraños fenómenos con apariencia de tierras fugaces son propios de las tradiciones de cada *finisterre, non plus ultra, última Thule*, y las Canarias no habrían de ser excepción entre ellos, en todo tiempo. En el del citado Colón, el propio Almirante atestigua en su *Diario de a bordo* (9 Agosto 1492) cómo «juraban muchos hombres honrados españoles que en La Gomera estaban con D^a Inés Peraza..., que eran vecinos de la Isla de El Hierro, que cada año vían tierra al Oeste de las Canarias, que es al Poniente; y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento»⁵.

Estas formaciones atmosféricas o ilusiones ópticas, la admisión de posibles islas formadas por el entretrejo de raíces arbóreas (Plinio) o por piedra porosa y flotante como la «espuma de mar» (Séneca), los relatos más o menos fantasmagóricos de mareantes que narraban extraños encuentros y desembarcos en costas insospechadas, rápidamente desaparecidas después, constituyeron en el Archipiélago Canario la sólida fe en la existencia de una *Isla de San Borondón*, frecuente visitante de sus proximidades. El seguimiento de una *sombra* semejante por dos marineros de Porto Santo éno habría conducido, décadas atrás, al descubrimiento de la vecina Isla de la Madera?

No sólo una superstición, por tanto, sino el mismo espíritu de averiguación y comprobación geográfica -espíritu entintado de interés científico, político, crematístico, religioso y aventurero- que condujo al conocimiento total de la Tierra, fue el que impulsó a los canarios a promover y realizar a lo largo de los siglos XVI al XVIII hasta cuatro empresas exploradoras en demanda de la tierra que ellos habían ya personalizado en la para entonces «histórica», o cuando menos, verosímil, *Isla de San Borondón*⁶. No en balde las propias Coronas de Portugal y de Castilla, y luego la de España, habían estipulado cuidadosamente entre sí sus respectivos derechos sobre islas y tierras atlánticas «ganadas e por ganar» y adjudicado anticipadamente propiedades y señorías sobre ellas a aquellos de sus súbditos que las hallasen⁷.

4. Argumentación de ambas hipótesis en los autores canarios ALONSO DE ESPINOSA, Fr.: *Del origen y milagros de Nuestra Señora de Candelaria* (1594), Santa Cruz de Tenerife, 1848; ABREU GALINDO, Juan de: *Historia de la Conquista de las Siete Islas de la Gran Canaria* (1632), Santa Cruz de Tenerife, 1940; y NUÑEZ DE LA PEÑA, Juan: *Conquista y Antigüedades de las Islas de la Gran Canaria* (1676), Santa Cruz de Tenerife, 1847.

5. CRISTOBAL COLON, *Diario del Descubrimiento*, eds., ed. y notas por M. Alvar. t. I, Las Palmas, 1976, pp. 78-79; t. II, pp. 23-24.

6. No sabemos cuántos otros intentos e iniciativas de menos porte y oficialidad no se arriesgarían clandestinamente con similar objetivo desde estas costas isleñas en tiempos anteriores y quién sabe si también coetáneos y aun posteriores a los que nos ocupan.

7. Cf. BENITO RUANO, E.: *Ob. cit.*, en nota siguiente, págs. 52-53, con sus notas 82 y 85.

La historia de estas exploraciones está hecha y es bien conocida documental y analíticamente en el seno de la historia canaria. El presente «Coloquio de Historia Marítima» pensamos que es un buen ámbito para propiciar su divulgación y apreciación, sin duda bien merecidas, a una escala más general. Esta es, pues, creemos, la ocasión de señalar la importancia de los trabajos al respecto publicados por el Dr. Buenaventura Bonnet y Reverón en la entonces modestísima «Revista de Historia» (hoy «de Historia Canaria» y órgano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna) por los años 1927 a 1929 (t. II y III).

Un resumen de estas investigaciones puede encontrarse en mis trabajos reunidos bajo el título de *San Borondón, octava Isla Canaria*, que constituyen el núm. 8 de los «Cuadernos Colombinos» publicados por la Casa-Museo de Colón y el Seminario de Historia de América de la Universidad de Valladolid⁸. Remitiendo a ellos, digamos ahora sólo cómo en los años de 1526, 1570, 1604 y 1721, previas informaciones pormenorizadas, con deposición casi multitudinaria de testigos, actas notariales, presencia de autoridades y personalidades con ascendente social, moral y cultural en los respectivos medios, fueron acreditadas repetidas visiones «de la Isla de San Borondón» (*sic*) desde las de El Hierro, La Palma y la Gomera. Algunas de ellas incluyen declaraciones de marinos que afirmaban haber llegado a desembarcar «en la Encubierta» (*sic*). Análogos expedientes se volvieron a instruir en 1724 (El Hierro) y 1730 (La Palma), año este último en que las «apariciones» fueron particularmente numerosas.

En este aspecto cabe hacer hincapié en la ardua y hasta violenta polémica entablada, tanto en el ambiente isleño, como, en su final, hasta en los niveles más esclarecidos de la Ilustración española, en torno a la explicación afirmativa o negativa del fenómeno ya denominado positivamente *Isla de San Borondón*. Baste mencionar, para ejemplificar la altura de los intervinientes, los nombres del historiador Viera y Clavijo y del gran polígrafo Fr. Benito Jerónimo Feijoo⁹; o el hecho de cómo el simple proyecto de la expedición de busca mereció en 1721 de los más escépticos círculos de las Islas «irónicos

8. Valladolid, 1978, *cf.* págs. 34-39. Se reúnen en esta obra los siguientes estudios: *La leyenda de San Brandán*, «Revista de Historia», XVII, 1951, págs. 35-50; *La octava Isla; «San Borondón» en Canarias*, «Bol. R. Sociedad Geográfica», t. LXXXVI, 1950, págs. 286-308; y *Nuevas singladuras por las Canarias fabulosas*. «Homenaje a Elías Serra Rafols», La Laguna, I, 1970, págs. 203-221.

9. VIERA Y CLAVIJO, José de: *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, t. I, Madrid, 1772, págs. 80-105; FEIJOO, B. J.: *Teatro Crítico Universal*, t. IV, Madrid, 1733, Discurso X; *Cf.* BENITO RUANO, E.: *La polémica antifeijoniana en Canarias*, «Actas del II Congreso de Historia Canario-Americana» (Las Palmas de Gran Canaria, 1977) T. II, Las Palmas, 1979, pp. 303-329.

comentarios y prudentes observaciones contrarias», constituyendo luego su fracaso «un gran ridículo derivado de la excesiva credulidad» de sus actores. Para los «espíritus fuertes» del Archipiélago y de la Península, hasta el nombre mismo de la isla fantasma -San Borondón- parecía «una borondanga o morondanga como la que dijo Dimas a Gestas»¹⁰.

II

Sin embargo, hasta llegar a tan saludable convicción, las conclusiones afirmativas y rotundas en torno a la cuestión no dejaron de producir sus correspondientes expresiones gráficas, que constituyen el objeto principal de nuestra comunicación.

San Brandán fue dejando su huella isleña a lo largo de la Historia General de la Cartografía. Su persecución a través de mapas y portulanos de universal trascendencia es tarea que nos ocupa hace tiempo y de la que esperamos poder dar testimonio algún día. Ciñéndonos por ahora a nuestra investigación «de cabotaje», consignaremos primero las precisiones numéricas que en cuanto a localización (grados de longitud y latitud), distancia de las islas conocidas, magnitud calculada de la intuída, etc., suministran nuestras fuentes canarias.

Una de las más precisas al respecto es la *Historia* ya citada de Abreu Galindo, que, basándose en los datos y testimonios también consignados, afirma: «Esta Isla de San Borondón..., a lo que se puede colegir del viso y sus apariencias, parece estar en 10 grados y 10 minutos de longitud y en 29 grados y 30 minutos de latitud», «oesudeste de La Palma y oesnorueste de El Hierro»¹¹.

«A unas 40 leguas de La Gomera y unas 20 de La Palma», consigna por su parte en 1735 el franciscano palmero Fr. Manuel Fernández Sidrón, en obra manuscrita de la que me ocupé ampliamente en trabajo consignado *supra*, nota 9. Mientras que otros observadores también coetáneos la calculan a unas 30 o 35 leguas de distancia respectivamente y con unas ochenta de tamaño por su lado mayor¹².

10. CONCOLORCORVO: *El Lazarillo de ciegos caminantes*, «B.A.E.», t. 122, Madrid, 1959, pág. 288. La frase está en boca de un marino habituado a la carrera de las Indias a lo largo de las Canarias, hacia 1771.

11. *Historia de la Conquista...*, pág. 217.

12. D. Cayetano de Huerta, vecino de Gran Canaria por los años de 1737 y remitente a la Corte de un diseño cuya reproducción acompañamos (Cf. BENITO RUANO, E.: «San Borondón», *Octava Isla Canaria*, págs. 66-70).



1.— San Brandán bendice la isla de su nombre entre las Canarias (Portulano de los hermanos Pizzigani, 1367).

En cuanto al perfil de su figura, intermitentemente alzada frente a la costa de las más occidentales de las Canarias, una de las más antiguas descripciones conservadas (otra vez de Abreu Galindo, 1632, a quien, como siempre, sigue casi literalmente Núñez de la Peña) dice así: «Esta isla de San Borondón haze en medio una ensilladura, y en cada lado tiene una montaña; salvo que la de la banda del Norte es más alta, y por parte del Sur baja tajada un pedazo; y desde esta montaña va corriendo la tierra hasta cerca del mar, donde se hace esta montaña redonda, que es el remate de toda la tierra por aquella banda del sur, y desde encima de esta montaña corre la tierra como una cuesta, hasta dar a la mar»¹³.

Por su parte, Viera y Clavijo se expresa en los siguientes términos: «Siempre se ha delineado (la isla) corriendo Norte-Sur; formando hacia el medio una considerable degollada o concavidad; y elevándose por los lados en dos montañas muy eminentes, mayor la de la parte septentrional. Se ha juzgado que distará 40 leguas de la Isla de La Palma y que podrá tener 87 de largo y 28 de ancho»¹⁴.

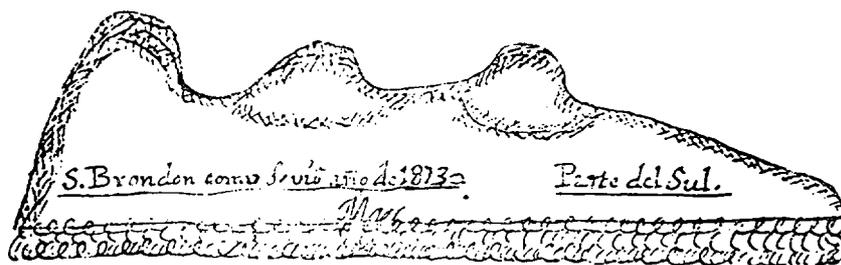


2.- Isla de «San Borondón» según Viera y Clavijo.

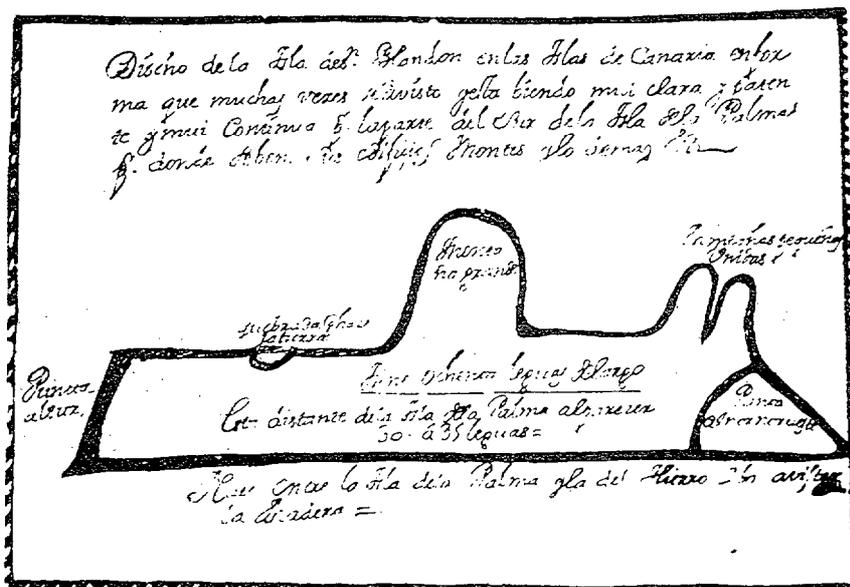
13. ABREU, *Historia...*, págs. 245-246; NUÑEZ DE LA PEÑA, Juan: *Conquista y Antigüedades...*, pág. 8.

14. VIERA Y CLAVIJO, *Ob. cit.*, t. I, págs. 80-81.

Con estos diseños narrativos vienen a coincidir en general los esquemas gráficos suministrados por los ya mencionados Fernández Sidrón, D. Cayeta-



3.- «San Borondón» según el franciscano Fernández Sidrón.



4.- Diseño de «San Borondón» por D. Cipriano Huerta.

no de Huerta y el propio Viera. Un cuarto «borrón» o boceto de por los mismos años (1735) es el aportado -como los anteriores, según testimonio ajeno, pero de transmisión primaria y por sujetos *de visu*- por el jesuita también canario Matías-Pedro Sánchez Bernalt. Este introduce tan solo la variante de dibujar una pequeña cumbre más en uno de los extremos de la isla; si bien con la advertencia de que sólo las montañas señaladas con las letras A y B son visibles desde El Hierro, mientras que las C y D lo son solamente desde La Palma¹⁵.

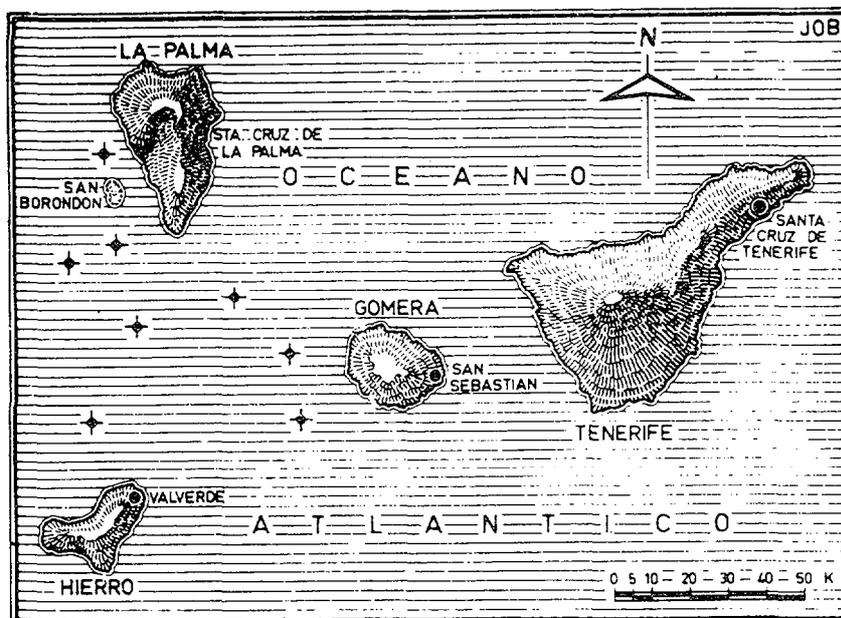


5.- «Borrón» o esquema de las cumbres de «San Borondón» según el P. Matías-Pedro Sánchez Bernalt, de la Compañía de Jesús (1735).

Tal indicación induce a interpretar la orientación del dibujo en el sentido S-N de izquierda a derecha, pese a no comportar datos al efecto. En ello viene a coincidir con la orientación suministrada por el esbozo de Huerta, quien invierte casi absolutamente los términos respecto a la fijada a sus respectivas figuras por Fernández Sidrón y Viera (SO-NE en el primero, en vez de N-S en los otros dos), con los que, sin embargo, concuerda apreciablemente en cuanto a perfil de volúmenes.

En todo caso, como observara un deponente culto en la información de 1730 en La Palma, los diseños no son demasiado exactos por proceder de

15. Por lo demás, dice, «la misma figura en las dos montañas altas y la quebradura en medio, corriendo de Norte a Sur» (*Semi-historia de las fundaciones, residencias o Colegios que tiene la Compañía de Jesús en las Islas Canarias. Con... algunos problemas concernientes a ellas, singularmente a la famosa Encantada o de San Borondón*. Ms. del British Museum, Add. 25090, fols. 38 vt° y 36 r.. *Vid.* descripción del mismo en BENITO RUANO, E.: *Manuscritos canarios del Museo Británico*. «Anuario de Estudios Atlánticos», I, 1955, págs. 564-565.



6.- Localización frecuente de las «apariciones» de la «Isla de San Borondón».

hombres del campo, sin capacidad para efectuarlos o transmitir correctamente la imagen de sus evocaciones¹⁶.

¿Qué no habrían dado en su tiempo ese Dr. Smaley, austero testigo, y el franciscano Fernández Sidrón, ardiente defensor de la realidad de *San Borondón*, por tener a mano una cámara fotográfica, como la tuvo un día de 1958 el profesional de Los Llanos de Aridane (La Palma) don M. Rodríguez Quintero? La imagen por él obtenida -borrosa en la copia de tercera o cuarta transmisión de que dispongo- es por ahora, ¡oh manes del Progreso!, el último documento gráfico de nuestra isla fantasma.

16. BENITO RUANO, E.: «*San Borondón*...», pág. 46. Reflexiones sobre estas y otras diferencias y explicaciones físico-meteorológicas acerca del fenómeno de las apariciones brandanianas, en BONNET REVERON, *Ob. cit.*



7.- Fotografía de la «Isla de San Borondón», obtenida en 1958 desde La Palma por don M. Rodríguez Quintero.

III

Un aspecto complementario del que con cierta laxitud de concepto he venido llamando cartográfico sería el que ahora me atrevo a llamar iconográfico de la propia isla -no del santo de su advocación. También en torno a ese aspecto oso apelar a posibles comunicantes a quienes, en todo caso, sugiero, si está en su mano, una deliciosa vía de investigación (miniaturas, grabados, etc.).

Por mi parte, me limito a brindar como muestra de sus posibles hallazgos la magra cosecha recolectada hasta el presente. Mis figuras versan en general sobre el motivo principal de la leyenda brandaniana, el que considero que incorporó su temática al islario atlántico: la isla-ballena, *Jasconius*, sobre



9.- Otra interpretación gráfica del mismo episodio.

Naves de cuero que, bien recientemente, han sido puestas a prueba con el mismo espíritu experimental (y ahora también deportivo) que los canarios de pasados siglos, acerca de su capacidad para posibilitar las navegaciones históricamente atribuidas al viejo abad de Clonfert.

El resultado no ha podido ser más positivo. El británico Tim Severin, verdadero Thor Heyerdahl de la ruta brandaniana, ha demostrado, haciéndola, la viabilidad de que el santo irlandés atravesara el Atlántico Norte desde su Isla a la de Terranova, a través de las Hébridas, Ferøe, Islandia y a lo largo de Groenlandia, con los medios a su alcance en el siglo VI¹⁷.

17. SEVERIN, Tim: *The Brendan Voyage*. Londres, 1978 (hay trad. española, Barcelona, Edit. Pomare, 1980).



10.- Un gran cetáceo —casi una isla— aprisiona la nave de los monjes de San Brandán. (Biblioteca de Heidelberg, Cod. Pal. Ger. 60).